



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

ALIANZAS, FRENTE, BLOQUES (PREMISAS Y REFLEXIONES)

JOSÉ STEINSLEGER

Enero 2009

ALIANZAS, FRENTE, BLOQUES (PREMISAS Y REFLEXIONES)

Por José Steinsleger

El habla política de América Latina necesita liberarse (desde la superación dialéctica y no de la negación), del lastre de conceptos pautados por el canon *metodológico* europeo. Tarea ineludible, pues vivimos en países donde la decrepitud capitalista jamás conoció su lozanía.

En los diccionarios especializados, las voces **alianza**, **frente**, **bloque** (en adelante, AFB), carecen de exhaustividad conceptual. Funcionalmente, la polisemia sobrevuela sus alcances y, sin más, remite a ejemplos puntuales: pacto contra la Gran Revolución (**Santa Alianza**); formas institucionales de alianza (**Frente Nacional** español, popular francés, países aliados en la Segunda Guerra Mundial), y las opciones de tipo electoral, parlamentario, económico, geopolítico, militar, que forman un **Bloque**.

No es casual. Las AFB dependen de lo temporal y contingente. Por ende, examinaremos sus connotaciones *positivas*, circunscribiéndolas a la pertinencia de impulsar **pactos, coaliciones y acuerdos** en el *campo popular*. Y en donde a su vez, subyacen ideas de **poder, revolución, ideología**; de **gobernabilidad y democracia**; de **partidos, gremios, sindicatos, participación**; de **táctica y estrategia**; de **autonomía y gestión**; de **cultura y creencias**; de **psicología individual y colectiva**; de **amigos y enemigos**.

Decía Cicerón: “...*al exponer cualquier asunto hay que explicar, primero, el significado de la terminología*”. Pero en asuntos de política, el acto de *nombrar* se ha convertido en una de las tareas más engorrosas de la comunicación. Trataremos de evitar, entonces, la innecesaria *reconceptualización de conceptos* que sólo disparan nuevos conceptos y reconceptualizaciones. Nos regiremos por la evidencia empírica: “*a más de adueñarse de las cosas, los grupos dominantes también se adueñan de las palabras*” (Cooke, 1959).

Desvaríos de la Unidad

¿Con relación a qué y para qué son las AFB? En principio, su propósito consiste en *acercar* en pos de objetivos *unitarios*. En la naturaleza, así como en la sociedad, la gravitación hace que las cosas tiendan a separarse, partirse, dividirse.

El pensamiento científico aún trata de sacudirse de la idealización del **Uno**, inserto en un cosmos inmutable, fijo, trascendente. En griego, *kosmos* quiere decir **orden**. Por vía de Platón y los filósofos alejandrinos, San Agustín adaptó esta idea de origen pitagórico, estratificándola en la unitaria *Ciudad de Dios: el Uno en el orden*, pensado para conjurar el temor a lo diverso, que era asociado con lo *diabólico* hostil a lo *simbólico* (del griego *sym*, junto con).

La voz *religión*, justamente, viene del latín *religare*, propósito de los credos monoteístas. Esfuerzo que al cristianismo romano (católico, de *catholicus*, general), le representó siglos de agrias polémicas. Finalmente, el edicto de Milán (siglo IV), selló la *alianza* del *poder celestial* con el poder imperial, y Iglesia oficializó cuatro de los muchos *evangelios* que se disputaban la interpretación de la *unidad*. Y todo lo demás fueron *herejías* (del griego *hairesis*, capaz de elegir).

Los evangelios (en latín, *mensajes*), habían brotado de pueblos con distintos grados de desarrollo social y económico. Proceso que mutó hacia el siglo XI, con el auge de la cultura islámica en el sur de España, que a la filosofía le permitió soltar sus amarras de la teología.

A finales del siglo XV, un célebre dibujo de Leonardo, el *Canon de Proporciones*, simbolizó el retorno idealizado a lo mejor del pasado helénico-romano. El *Canon* mostraba el cuerpo humano armonizando con el todo. Dos siglos después, con la progresiva democratización del conocimiento, algunos pensadores intuyeron que la salud individual depende del cuerpo social que la sostiene. Escindida por los filósofos pitagóricos, platónicos, alejandrinos, agustinianos y tomistas, las nociones de *cuerpo* y *alma* emprendieron una lenta *reunificación* conceptual.

Tras recuperarse de la devastación causada por la peste (que en el siglo XIV acabó con tres cuartas partes de la población europea, dando vuelo a las innumerables *herejías* que conmovieron todas las formas de poder), la creciente complejidad de las transacciones comerciales llevó a los grandes mercaderes (casi todos adeptos a la cábala), a registrar *sistemáticamente* sus operaciones comerciales. Así nació la *contabilidad*, umbral de la **economía** moderna (del griego *oikónimo*, administración de las cosas de la casa).

Sin descuidar el *dogma* de las llamadas *leyes naturales*, las ideas calvinistas y hobessianas, reforzaron la idea de que la sociedad y el Estado se dan de un modo *natural*, en forma de pirámide, sobre la cual reina una élite elegida por Dios. Las *leyes naturales* empezaron a intervenir en la economía. Luego, algunos filósofos moralistas

de la Universidad de Edimburgo, sentaron los fundamentos de la llamada *economía clásica*. Pero lo *clásico* era lo antiguo: la propiedad privada de la riqueza. Deliberada confusión entre ciencia y religión, pensada para justificar el equilibrio de un *orden natural*, que no era más que desequilibrio y desorden institucionalizado.

Simultáneamente, Kant distinguía entre *sensaciones* y *percepciones* de un lado, y *conceptos* e *intuiciones*, por el otro: “*las intuiciones sin conceptos son ciegas, y los conceptos sin intuiciones son vacíos*”. Para Kant, el *concepto* era el marco dentro del cual encajaba la **experiencia posible**. Kant planteó que hay ciertas reglas (a descubrir), por mediación de las cuales es posible ordenar la experiencia posible. Añadió: **La admisión de marcos conceptuales no equivale, necesariamente, a concebirlos como elementos *a priori*.**

La tenaz *búsqueda de la unidad* pegó nuevos virajes hacia finales del siglo XVIII, con la aparición de cofradías masónicas y libertarias que predicaban la *fraternidad universal*, suerte de neoparusia predestinada a superar los oprobios terrenales. Por fin, a mediados del siglo pasado, la escuela monetarista de Chicago (guiada por la divisa pitagórica, *todo es número*), sublimó las especulaciones comentadas, y profundizó la falaz división entre economía y política. Lo *contante* y *sonante* adquirió categoría de verdad eterna, y los poderes del privilegio instauraron el nuevo poder trinitario: *crecimiento económico* (Padre), *neoliberalismo* (Hijo), y *salvación individual* (Espíritu Santo).

¿Qué sectores sociales integran las AFB?

No bien la Gran Revolución destronó el *orden natural* de las monarquías, Hegel invistió al Estado moderno de cierta *predestinación* para representar *a todos*. Los pueblos, en cambio, intuyeron que en la consagración hegeliana del Estado, su rol era el de los convidados de piedra. ¿No había dicho Cicerón que *un pueblo no es cualquier muchedumbre congregada de cualquier modo, sino un conjunto numeroso de hombres vinculados en el acuerdo de respetar la justicia y en la búsqueda del provecho común*?

La *conciencia política* y *social* se abrió paso. ¿Pero qué era *lo social* de la *conciencia*? Grosso modo, Hegel estimaba que la conciencia se da de *fuera hacia adentro*. Pero Kant la vislumbró como la capacidad de abstracción para reconocer si la propia conducta moral da cuenta de la existencia. Entonces Marx, atraído por las meditaciones de Heráclito a la vera de los ríos (*todo fluye, nada es estático*), disparó un cañonazo contra las especulaciones racionales de los *sistemas* cerrados: expresiones

como las de Cicerón (*conjunto de hombres*), y las ideas de Hegel o Kant eran inherentes a la división de la sociedad en *clases*.

La *conciencia de clase* adquirió coherencia cuando Marx la investigó en el modo de producción capitalista, aunque relacionándola con la explotación y la opresión existentes en Inglaterra, el país más desarrollado de la época. Sin embargo, su rigor para analizar el problema colonial de Irlanda y la India, y el impetuoso capitalismo de América del Norte, contrastaba con su ligereza para apreciar las luchas anticoloniales de México y América del Sur.

Marx vivió en el cenit del capitalismo, cuando por primera y última vez en la historia moderna, las clases sociales se perfilaron con claridad: *arriba* y *abajo*, burguesía y proletariado. Una de sus ideas causó conmoción: la de *sujeto históricamente determinado* para hacer la revolución. Es decir, la clase obrera. De buenas a primeras, los términos *burguesía* y *proletariado* se extrapolaron al mundo colonial, y no pocos pensadores y luchadores sociales ejercieron una suerte de involuntario *colonialismo cultural*. Pero lo notable es que el marxismo, conlleva recursos teóricos para desentrañar la índole de sus propios contrasentidos.

Una difusa noción de *progreso*, prenunció a inicios del siglo pasado que la agricultura y los campesinos acabarían absorbidos por la industrialización. Desafortunadamente, el término *campesino* subsumió a los pueblos antiguos, con ideológico desdén de sus particularidades culturales. Los peruanos Víctor Raúl Haya de la Torre (inventor del vocablo *Indoamérica*) y José Carlos Mariátegui (entre otros de México, Ecuador, Bolivia), fueron de los primeros en reflexionar sobre los alcances del *indigenismo*. Otra polémica importante, protagonizada por Haya de la Torre y el cubano Julio Antonio Mella, sería sofocada por los vicarios criollos de la Tercera Internacional comunista.

En la actualidad, al campesino de los países ricos se le dice *granjero*. Sujeto económico que en los países pobres equivaldría a *pequeño productor agrario*. Ídem con el vocablo *obrero*. En Estados Unidos y Europa, obreros y granjeros siempre se han beneficiado de la explotación colonial imperialista. Algo que en plena guerra de liberación de Argelia, suscitó una amarga polémica de principios entre Albert Camus y Franz Fanon.

Soterradamente, esa polémica sigue en pie. Porque gracias al proteccionismo de sus economías (y en particular, la primaria), la lucha de clases en los países ricos consigue ser atenuada. Los granjeros reciben subsidios del Estado para controlar los precios, y los

obreros cuentan con ingresos y prestaciones sociales desconocidas para un profesional urbano medio de los países pobres. Por tanto, sus posicionamientos frente a la realidad del mundo, distan de ser *globalmente* homologables y, en consecuencia, la noción de *imperialismo* se mal entiende o, sin más, se la da por superada.

Las AFB en América Latina

Proletarios de todos los países, uníos. ¿Fue esta frase emblemática de Marx y Engels pensada para la humanidad entera, o sólo para la clase obrera? Las reflexiones más exigentes de Marx, no eran bien conocidas por sus contemporáneos (Álvarez, 2002). Se trasapelaban en las luchas de la hora, en las polémicas que se disputaban el canon de la revolución, en la maraña de ideas positivistas, funcionalistas, utilitaristas, naturalistas, darwinistas, pragmatistas que echaron a rodar, *universalmente*, términos como *tribu, clan, casta, nación, pueblo, raza...clase*.

“*A cada cual según su capacidad; a cada cual según sus necesidades*” (Crítica del Programa de Gotha, 1875). ¿Marx o Benito Juárez? Exhumando una correspondencia del Benemérito, el escritor cubano Armando Hart Dávalos subrayó una frase interesante, fechada el 11 de enero de 1861, o sea catorce años antes del Gotha: “...*a cada cual, según su capacidad, y a cada capacidad según sus obras y su educación. Así no habría clases privilegiadas, ni preferencias injustas*” (Granma, 8/09/2007).

Las sociedades latinoamericanas vienen experimentando un proceso de involución social que está socavando los estados nacionales constituidos en el tercio final del siglo XIX. Proceso inverso al conocido de 1920 a 1970: desmantelamiento de plantas productivas orientadas hacia el mercado interno, *flexibilidad laboral*, pérdida de conquistas sociales y derechos ciudadanos, desagrarización, migración hacia las grandes ciudades.

Consecuentemente, la noción de *clase* se ha oscurecido. No es para menos. Los campesinos latinoamericanos se convierten en *pobladores semi-urbanos*, emigran a los países ricos, o en régimen de semi-esclavitud trabajan en el modelo de maquila. En tanto, miríadas de ex obreros industriales, se desenvuelven en el llamado *sector informal*, eufemismo que a la sociología funcionalista le sirve para tender un manto de niebla conceptual, llamando *nuevos pobres* a los desempleados y desocupados.

Objetivos políticos y necesidades sociales se entremezclaron: el *derecho a trabajar* (conquistado), y la *mera supervivencia* (a conquistar). *Tener empleo* (con salario fijo, contrato colectivo, estabilidad, vacaciones, aguinaldo, cobertura social), ya es quimera

de privilegiados. ¿Cómo impacta esta realidad, en los intentos de *unir* la emancipación social a la política?

Nada de ello invalida la noción de “*clase*”. Naturalmente, siguen habiendo fábricas y campos productivos y, por tanto, *obreros industriales, campesinos y trabajadores* en general. Pero su *masa crítica organizada*, ha perdido consistencia política, mientras que los sectores medios urbanos se deslizan *hacia abajo*, conforme el Estado funciona como empresa de demolición del sector público. Tensiones entre una economía que margina, y una política que necesita integrar.

Los países latinoamericanos se debaten dentro de una pirámide social *caótica*, tensionada por múltiples intereses de clase. Algunos teóricos sienten que el nuevo *sujeto revolucionario* aguarda en los *movimientos sociales*, la *multitud*. ¿Pero cómo se identifica desde la *multitud* al *enemigo de clase*? Pues si esta identificación se diluye, tampoco es posible identificar a los *aliados de clase*, y el hilo se pierde. Dificultad que a más de ocasionar confusión entre objetivos y necesidades, suele desencadenar el ataque de la autoridad *per se*.

Optimismo racionalista, desilusión del progreso. Ambos sentimientos se neutralizan, y todo gira vertiginosamente en la incesante reconversión tecnológica, las nuevas disciplinas del conocimiento, la demanda de un espacio político para los sentimientos y emociones y, por sobre todo más dudas que certezas con respecto a los ideales de *unidad*, justicia y emancipación social. En tanto, la concentración del capital sigue su marcha: de un lado opera en forma transnacional (por encima y al margen de los estados) y, por el otro, despierta rebeldías locales que se confrontan con el Estado, y regionalismos de tipo separatista funcionales a grupos oligárquicos que la *globalización* del gran capital incorpora, desplaza o reacomoda.

En **Posdata a los anarquistas**, Irving Horowitz escribe: *La pertenencia a una clase no garantiza la acción de clase. Algunos rechazan todas las formas pactistas, persuadidas de que la contradicción principal se da entre el poder y los principios, más dramática que descriptiva, en la que desaparece toda posibilidad de estrategia.*

Si las vemos sin el prisma metafísico o ideológico, las personas no son *naturalmente* cooperativas. Por el contrario, son presa fácil de las paradojas del Estado: una política que regula de forma completa las vidas humanas, y una participación cada vez más restrictiva de los ciudadanos en la toma de decisiones. Cosa particularmente compleja en el terreno económico, fuente de la opresión social.

El sociólogo argentino Carlos M. Vilas, precisa: “*Candidatos elegidos en función de programas que se oponían radicalmente a los de sus contendientes, al día siguiente de su investidura presidencial pasaron a ejecutar los programas de éstos, que habían sido repudiados por la mayoría del voto ciudadano*”

La realidad, suelen decir los políticos *realmente existentes*, es *plural*. Pero al reducir la democracia a su mera dimensión electoral, niega la pluralidad de lo real. Las democracias formales y vigentes viven pendientes del ruido abrumador de la llamada *dictadura mediática*, de los mitos de prestigio y poder, y de un *pluralismo* abstracto, ambivalente, que convoca a los ciudadanos al *ejercicio de una democracia que margina sus derechos* (Vilas, 1993).

Responsabilidad no sólo atinente a los políticos. Otro sociólogo argentino, Juan Carlos Portantiero, de sólida formación marxista, y gran divulgador del pensamiento revolucionario a través de los conocidos “Cuadernos de Pasado y Presente” en el decenio de 1970 y 1980, extrapoló mecánicamente la idea de **bloque histórico** de Gramsci. Como es sabido, esta idea de *bloque* propone que previo a la *toma del poder*, la *sociedad civil* debe conquistar su *hegemonía*.

La *construcción de consensos* (que juicio de Portantiero debía sustituir la *alianza revolucionaria de clases*) emergerían de las *tradiciones democráticas*. El círculo vicioso del *orden natural*, nuevamente en acción. ¿Cuáles serían estas *tradiciones democráticas*? Que de existir, existen, y la revolución bolivariana lo ha probado. Pero existen porque sobrevivieron con memoria propia, y no sujeta a las mediaciones de teóricos alejados del *biorritmo* de los pueblos. Sometidos a los mecanismos de la democracia formal, a la mero administración de los *conflictos*, los antagonismos históricos de clase pasaron a denominarse *conflictividad de actores en gestión*.

Narcotizados por el discurso referido, cientos de valiosos intelectuales y luchadores sociales se conformaron con ser consejeros del poder. En Chile, México (no tanto en Argentina), sociólogos como Alain Touraine, y políticos *socialistas* como Felipe González, participaron de este auténtico carnaval de conceptos políticos librados al azar, degradando su discurso a límites insospechados hasta pocos años atrás. Se habían *modernizado*. Como así también se *modernizaron* sus cuentas corrientes, engrosadas por un sinfín de de instituciones y organismos internacionales de Estados Unidos y Europa, muy interesadas en contar con *intelectuales orgánicos* que timoneasen los rumbos de la *democracia viable*, en medio de gravísimas crisis institucionales.

Hubo muchas *cerezas sobre el pastel*. Una de las más famosas fue conocida a finales de 1985, en un célebre discurso del presidente argentino Raúl Alfonsín: *Con la democracia se come, se educa y se trabaja*. Alfonsín no terminó su mandato. En 1989, los grandes grupos económicos argentinos desencadenaron la hiperinflación inducida, y lo echaron a patadas. El golpe de los *mercados* en lugar del tradicional golpe de las espadas. *Todo es número*. Portantiero, secreto a voces, redactó aquel discurso de Alfonsín.

En la actualidad, las AFB impulsan coaliciones y concertaciones políticas heterodoxas e inestables. Las hay de tipo *movilizador* (Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua, Uruguay, Paraguay), *tradicional* (Chile, Colombia, Guatemala, subordinadas a la dominación oligárquica), y la de grupos ultramontanos que actúan como partidos políticos (México, El Salvador, Perú). En el resto de los países, predomina la forma *partido* (Argentina, Brasil, Cuba, República Dominicana, Honduras, Costa Rica, Panamá), mientras Haití, país ocupado, ha perdido su carácter de Estado soberano, debatiéndose en la emergencia social permanente, y en los naufragios políticos sin horizontes cercanos de estabilidad.

Conclusiones momentáneas

Alexander Pfänder, atento lector de Kant y Husserl, aseguró que los conceptos son los *elementos últimos* de todos los pensamientos. Conceptos específicos del mismo grado genérico - sostiene - no conducen a la *subordinación entre inferiores*, sino que conllevan **coordinación**. Pfänder distingue entre conceptos *objetivos* y conceptos *funcionales*. Y sólo así se aclaran los conceptos *generales*. En primer lugar, los de *especie* y *género*, opuestos a los individuales. Pero asimismo, hay conceptos *generales* en el sentido *plural*, insertos en una ***pluralidad de objetos separados***.

Políticamente, ya no alcanza con el corte transversal de la pirámide: *ricos-pobres; burgueses-proletarios; arriba-abajo*. Hoy, los cortes son también verticales y cruzados: en el medio, en los bordes, abajo y afuera. *Por arriba*, se intenta que la humanidad se rija por pautas individualistas; *por abajo*, se idealizan las naturalezas carismáticas. En ambas posiciones, la pretensión de ampliar la democracia arroja los cimientos de nuevos elitismos.

El capitalismo ya no requiere de *ejércitos de reserva del proletariado*. Cientos de millones de seres humanos sobran frente al imparable proceso de concentración del capital. En este sentido, la pérdida de los derechos sociales conquistados, el aumento de

la criminalidad y la inseguridad, sitúan a las AFB frente a interpelaciones extraordinarias, nunca antes conocidas. De ahí que calificativos como *reaccionario*, *progresista*, *reformista*, *revolucionario*, pasan a depender de políticas concretas.

Recapitulando: dado que los objetivos políticos nunca se realizan en la forma prevista (la historia no devela sus secretos antes de los acontecimientos), conviene no ir demasiado lejos en la definición conceptual de las AFB

En el siglo pasado, el salto de calidad dado por la lingüística, fijó la idea de que los lenguajes son construcciones sociales. Según el contexto histórico cultural que los emplea, los vocablos políticos guardan significados distintos,. Y las AFB son modalidades de la acción política que, como dijimos al empezar, dependen de una dinámica extremadamente volátil, y sujeta a interacción y trasvasamiento partidario incesante.

Más que *unir*, las AFB resultan ineludibles para *coordinar* esfuerzos comunes a corto plazo. Su efectividad no depende tanto de los principios, cuanto de la correlación de fuerzas y tipos de concesiones que se hagan, respetando la autonomía de cada aliado. En las AFB, no siempre la fuerza principal es la dirigente. Disponen las circunstancias, y la necesidad de *unir en la diversidad* (y no de unir lo diverso). Perfeccionamiento, y no pretensiones de perfección.

El antipactismo, el principismo, el antiautoritarismo a ultranza, no son *instrumentos tácticos*. Son fines en sí mismo. Y cuando los instrumentos tácticos pasan a ser el fin, la lucha del *bien* contra el *mal* queda agradecida, transformándose en una religión más fideísta que la más entusiasta de las sectas.

La sabia advertencia de Humpty Dumpty, el huevo antropomorfo de *Alice in Wonderland's* , continúa vigente: **el acto de nombrar las cosas, sólo tiene sentido si se precisa quién tiene el poder**. Pero renunciar a las coaliciones por temor a desafiar los principios, equivale a pecado político de lesa ingenuidad.

Cuernavaca, agosto- diciembre de 2008

Fuentes mínimas

- Álvarez, Federico, *La respuesta imposible* (Siglo XXI, México, 2002).
- Bobbio, Matteuci, Pasquino, *Diccionario de Política* (Siglo XXI, México, 2002).
- CLACSO, *Términos latinoamericanos para el Diccionario de Ciencias Sociales* (Buenos Aires, 1976).

- Cooke, John William, La lucha por la liberación nacional (Granica, Buenos Aires, 1973).
- --- Apuntes para la militancia (Schapiro, Buenos Aires, 1972)
- Ferrater Mora, J., Diccionario de Filosofía (Ariel, Barcelona 1994, “Concepto”, p.617).
- Gould J. y Kolb W., A dictionary of the social sciences (Tavistock-UNESCO, 1964).
- Horowitz, Irving L., Posdata a los anarquistas (tomo 2, p.237, Alianza, Madrid, 1975)
- Le Duan, La revolución vietnamita (Austral, Buenos Aires, 1971).
- Lenin, La enfermedad infantil del comunismo: el izquierdismo. Tomo XXXI (Cartago, Buenos Aires, 1970.
- --- ¿Qué hacer? (ídem, tomo V).
- Puiggrós, Rodolfo, Los orígenes de la filosofía (Costa AMIC, México, 1962)
- Texier, Jacques, Gramsci, teórico de las superestructuras (Cultura Popular, México DF, 1976).
- Vilas, Carlos M., Partidos políticos, nuevos liderazgos y sociedad civil. Instituto Mora/ UAM, México (versión preliminar para comentarios, noviembre de 1993).